

bia asistido á la reunion, salió á desempeñar un encargo de la esposa de su antiguo tutor. En vano se esperó su regreso durante toda la noche, en vano se le buscó en su casa al dia siguiente: Ocampo habia desaparecido y fueron inútiles las infatigables pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero, hasta que un dia, un amigo suyo, el señor licenciado Luis Couto (á quien debemos la mayor parte de estos apuntes), recibió un papel súcio y ajado, en el que don Melchor le avisaba, que al salir de la casa del licenciado Alas habia sido asaltado por unos hombres desconocidos, habia recibido dos heridas en el costado izquierdo y se le conducia por caminos estraviados, ignorando el destino de este viaje misterioso.

Vamos ahora á decir lo que habia pasado. Martinez Caro, el autor del folleto contra Santa-Anna tenia un completo parecido con el señor Ocampo, y los asesinos officiosos ú oficiales al herir á este último, creyeron herir á la víctima designada. Cuando hubieron conocido su engaño dieron aviso, y entonces.... habia que ocultar un crimen inútil. El señor Ocampo fué conducido á Veracruz, no faltó un nuevo Picaluga que llevase un pasajero, sin con-

sultarle su voluntad, y el navío levó anclas y se perdió en las llanuras del Atlántico.

Ya en el extranjero, el señor Ocampo, sin proferir una queja contra sus agresores, avisó el punto de su residencia y pidió recursos, que le fueron enviados de su hacienda. Entre tanto le llegaron, se ocupó en hacer traducciones, viviendo con la miserable suma que estas le producian.

Este viage imprevisto le sirvió para profundizar sus estudios en las ciencias naturales y para relacionarse con algunos sábios eminentes, que siempre le distinguieron con su amistad y que mas tarde le propusieron é hicieron aceptar como miembro de algunas sociedades filantrópicas ó científicas.

Estuvo en Paris, visitó la Italia, admiró los portentos de la industria y la actividad del comercio en Inglaterra y gozó con la ingente fecundidad de las tierras africanas. Siempre estudiando en el gran libro de la naturaleza, de dia en dia atesoraba las riquezas de la ciencia, estudiaba los instrumentos agrícolas de Europa y veia la práctica de las labores del campo.

Cuando volvió á su país, se habia contraido fuertes créditos por compra de libros y de útiles de la-

branza. Poco había permanecido el señor Ocampo en su hacienda de Pateo, de modo que en realidad no era conocido ni de los dependientes de la finca ni de los vecinos que habitaban en los alrededores. Se le aguardaba mas bien con curiosidad por conocer al viagero que por ver al nuevo propietario. Tan raros eran en aquel tiempo los viages á Europa, que esta sola circunstancia bastaba para que precediese á la llegada de Ocampo el prestigio de un interés, hasta cierto punto romancesco. Se sabia que era un agricultor consumado y que venia á implantar nuevas prácticas en el sistema rural. La rutina, siempre incrédula y envidiosa, hizo de esto, materia para burlas, que se acojian, sin embargo, con alguna reserva por los hombres instruidos de la comarca.

Así las cosas, una mañana se estendió la noticia de que el nuevo propietario de Pateo estaba ya en sus dominios. Todos espieron una oportunidad para hablarle, y todos le hablaron y todos le respetaron y le quisieron cordialmente. A los dueños de fincas circunvecinas les referia los progresos de la agricultura, les daba reglas para obtener dobladas las cosechas y les demostraba su sistema

con una convincente sencillez; á los peones les estimulaba con el ejemplo, les trataba como un padre cariñoso á sus hijos; á los pobres que acudian á el, llevados por la fama de sus bondades, les acojia con tal cariño y les despedia con tanta generosidad, que pronto el nombre de Ocampo era bendecido en muchas leguas á la redonda.

Era un dia de fiesta para él, aquel en que se veia rodeado de niños que le preguntaban cómo eran los paises que habia visitado, si habia luna y estrellas en aquel suelo y qué flores se recojian en aquellas tierras. Ocampo se aprovechaba de ese hermoso candor infantil, y su plática, llevada al alcance de sus pequeños interlocutores, se convertia en insinuantes lecciones de geografía, de astronomía y de botánica, que aquellos tiernos seres aprendian como la cosa mas natural del mundo, sin apercibirse de ello.

El elegante literato Jesus Echaiz cuenta que una vez, siendo muy niño, fué á llevar un recado de su ilustre padre don Mateo para el señor Ocampo. Habiendo penetrado al estudio con otro jóven de su edad, se olvidó de su encargo, divagado á la vista de aves, perfectamente disecadas y de librerros

cuajados de volúmenes que llamaban la atención por su abundancia y por el lujo de sus pastas. Uno de esos volúmenes sobre todos llamó la atención del niño. Era un gran libro de cortes dorados y Echaiz estendió involuntariamente la mano hacia el precioso ejemplar.

—*C' est votre affaire*, le dijo el señor Ocampo, es lo que ustedes necesitan, con ese libro van á divertirse mucho. Y sacándolo del estante, lo sacudió con un plumero encarnado y lo arregló en un atril sobre una mesa de madera fina.”

Los niños comenzaron á ver flores tan perfectamente pintadas, que las creían naturales y no daban crédito al filósofo que les decia que no eran mas que estampas.

“De improviso—dice Echaiz—al volver una hoja un poco mas gruesa que las demas, apareció á nuestros ojos un pájaro bellissimo, balanceándose sobre una rama y disponiéndose para cantar.

“Y desde aquel punto nos lanzamos en pos de las aves, cada vez mas divertidos hasta encontrarnos con el ave del paraiso, cuyo plumaje de oro nos llenó de admiracion, arrancándonos exclamaciones que atrajeron al señor Ocampo. No lo senti-

mos llegar y tuvo ocasion de oírnos establecer con toda formalidad, que el paraiso existía realmente y que algunos viajeros habian ido allá.”

Sonrió el filósofo y les dijo:

—En efecto, á la edad de ustedes existe el paraiso.

Bien pronto la reputacion de sábio del señor Ocampo pasó las lindes del distrito de Maravatío y se estendió por todo el Estado. En las elecciones de los años de 1843 ó 1845, el pueblo le llamó á ocupar un asiento en el Congreso general. Antes de marchar á cumplir su encargo, espidió una notable circular á los Ayuntamientos de Michoacan, pidiéndoles que le manifestasen sus principales necesidades y desenvolviendo un brillante programa, en el que ofrecia todo su empeño en favor de la instruccion pública, que desde entonces era ya su pensamiento dominante. En aquella circular se traslucian claramente las tendencias del jóven diputado á introducir la reforma en México por medio de un sistema mas ampliamente liberal.

Ese documento llamó sobre manera la atención pública en el Estado y dió á conocer lo que el señor Ocampo podia valer, rigiendo sus destinos. Desde entonces, el partido puro de Michoacan no tuvo otro candidato para el gobierno.

Su profunda instruccion, la firmeza de sus principios, su conversacion insinuante y amena, su trato finísimo, le grangearon bien pronto la amistad de cuantos en México figuraban en primer término en todas las clases de la sociedad.

Sin que sus discursos brillasen por la forma literaria, habia en ellos una argumentacion tan sólida, una tan clara esposicion de los principios y una lógica tan severa y tan convincente, que el señor Ocampo conquistó con mucha facilidad un lugar distinguido entre los oradores de la Cámara.

Estas brillantes dotes, que no siempre se encuentran todas reunidas en los hombres públicos, hicieron que mas tarde—12 de Agosto de 1846—el gobierno general le nombrase gobernador del Estado de Michoacan.—Recuérdese que este nombramiento emanó del gobierno establecido en México, en virtud del pronunciamiento en la Ciudadela del general Salas, contra la administracion conservadora de Paredes.

El partido liberal que veia invadida nuestra frontera del Norte por las armas americanas, que miraba avanzar á los conquistadores, sin que el gobierno de la nacion se ocupase activamente de la defensa, empeñado mas bien en conservar los intereses del bando que lo sostenia; se vió precisado á recurrir á la revolucion para organizarse y hacer frente á la lucha. Tomaron parte en ese patriótico movimiento hombres tan intachables como don Valentin Gómez Farias, y se proclamó de nuevo la Constitucion de 24, código imperfecto, pero que en aquel tiempo constituia la bandera de los republicanos.

Tales eran las circunstancias del país, cuando el señor Ocampo vino á encargarse del gobierno de Michoacan, acto que tuvo lugar el cinco de Setiembre del año citado.—Uno de los artículos del plan de Jalisco que derrocó á Paredes mandaba convocar al pueblo para las elecciones, tan luego como el país recobrase su libertad. Ocampo espidió aquí la convocatoria, y el 25 de Noviembre del mismo año, la 7.^a legislatura del Estado le declaró gobernador constitucional del mismo, por el voto casi unánime de los michoacanos.

Activo é inteligente, se dedicó sin descanso á reunir los elementos de guerra de que aquí podía disponerse para que Michoacan tomase dignamente la parte que le correspondia en la guerra contra los americanos.

Entónces se formó el batallon *Matamoros*, guardia nacional del Estado que tantos timbres alcanzó en aquella campaña y que tan firme apoyo fué, despues, de los principios liberales.

No por estar ocupado Ocampo en las cosas de la guerra, se olvidó de su pensamiento dominante: la instruccion pública. En medio de la penuria del erario, consiguiente á aquella situacion, halló fondos para establecer escuelas; y por primera vez entonces, las grandes municipalidades de indígenas oyeron enternecidas la voz balbuciente del niño delectreando el silabario.

Las ideas de patriotismo que tan puras y regeneradoras cundieron inmediatamente despues de la independenciam, principalmente en los colegios, encontraban ya su mayor enemigo en las aulas seminaristas; y cuenta que en aquella época el clero tenía monopolizadas las cátedras. La gran cuestion de *la enseñanza laica*, era totalmente desco-

nocida entre nosotros; no solo, si alguien se hubiese atrevido á proponerla, fundándola en su importancia social y política, hubiera encontrado una resistencia tal que habria hecho inútiles todos sus esfuerzos. Ocampo que lo comprendia bien, pero que no vacilaba en llevar á cabo esta revolucion bienhechora, sin revelar el objeto de sus miras y ántes bien, como halagando las ideas del clero, reestableció el extinguido colegio de San Nicolas Obispo, á cuya historia están unidos los nombres de Fray Juan de San Miguel, D. Vasco de Quiroga, de Hidalgo y de Morelos: el 17 de Enero de 1847, se abrieron á la juventud las puertas de ese *instituto civil*, honor y gloria de Michoacan. Como un tributo á la justicia, debemos consignar aquí, que en esta empresa le fué muy eficaz la cooperacion del entusiasta doctor don Juan Gonzalez Urueña.

El señor Ocampo permaneció en el gobierno hasta el 29 de Marzo de 1848, en que admitida su